

<http://www.tufecatolica.com>

Pbro. Dr. Enrique Cases

[HISTORIA APOSTOL FELIPE]

Vida de los Apóstoles

HISTORIA APOSTOL FELIPE

Felipe

Al igual que la mayoría de los apóstoles poco se conoce con certeza sobre su vida con posteridad a Pentecostés. Los testigos de la tradición lo confunden a veces con Felipe el Diácono. Según el testimonio de Eusebio en su Historia eclesiástica habría muerto en Hierápolis al norte de la actual Asia Menor, lo mismo que dos de sus hijas vírgenes. Papías, obispo de Hierápolis, las había conocido y escuchado de ellas el relato de la resurrección de un muerto. Según otra tradición de la que se hace eco el Breviario romano, había predicado el evangelio primero en la Escitia y en Lidia, antes de pasar a Frigia, donde todos los documentos colocan su martirio en Hierápolis bajo Domiciano crucificado cabeza abajo y rematado luego a pedradas. Una inscripción de su posible tumba en Hierápolis dice: al glorioso apóstol y teólogo Felipe.. Sus reliquias habrían sido trasladadas a Roma, donde se veneran junto a las de Santiago el Menor en la iglesia de los Doce Santos Apóstoles.

A nosotros nos interesa aquí meditar los datos que nos proporcionan los evangelios, y sobre ellos nos vamos a detener. El carácter de éste apóstol es lo primero que se advierte y lo muestra como un hombre de amistades. Todos los datos sobre él nos hablan de espontaneidad, facilidad para decir lo que piensa y poseer muchas relaciones con gentes muy diversas. Ya su mismo nombre claramente griego nos habla de su falta de prejuicio sobre extranjería en el ambiente nacionalista israelita. El hecho de ser tomado como intermediario para comunicarse con Jesús por los griegos, su prontitud para comunicar a su amigo Bartolomé el encuentro con el Señor, nos habla de capacidad para la amistad.

Veamos más de cerca los hechos. Su primer encuentro con Jesús ocurrió al día siguiente del que tuvieron Juan, Andrés, Simón Pedro y Santiago. Sorprende la ausencia de preámbulos para el llamamiento que le hará Jesús: "Al día siguiente determinó (Jesús) encaminarse hacia Galilea y encontró a Felipe. Y le dijo Sígueme". Y le siguió. No fue insensatez por parte suya, sino generosidad y quizá sentirse respaldado por el ejemplo de sus amigos y convecinos seguidores de aquel desconocido de Nazaret. Había escuchado las palabras del Bautista, junto a la voz del cielo que nombraba a Jesús como el Hijo amado, pero seguir a Jesús como discípulo no era fácil. Ya conocemos la exigencia de la llamada contenida en el consejo-mandato de seguir a Jesús que lleva a dejar todo y convertirse en discípulo de un maestro sin títulos y sin más autoridad que la recomendación del Bautista junto a su prestancia personal. No parece su caso como el de Juan y Andrés que buscan al "Cordero de Dios que quita los pecados del mundo", ni recibe las explicaciones de Pedro y Santiago por parte de sus hermanos. Pero un leve dato ilumina lo que debió ocurrir para que Jesús le llamase sin excesiva preparación, y lógicamente sin imprudencia, lo dice el evangelio de Juan: "Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro", y también de Juan y Santiago. Luego era amigo de los cuatro primeros.

Imaginemos la escena no referida en los evangelios. Juan, Andrés, Simón y Santiago acompañan a Jesús. Han experimentado el fuego de su palabra y vibran con el gozo de haber encontrado al Mesías. Caminan los cinco juntos cerca del Jordán, se cruzan con muchos, saludan, hablan, preguntan, escuchan, comienzan a crearse esos lazos íntimos que llegarán tan alto; cuando de

repente aparece Felipe en el camino. Quizá le vieron de lejos y le hablaron de él a Jesús: "¡es nuestro amigo!", "es un buen hombre", "éste puede entenderte", "llámale para que sea también uno de tus discípulos", y Jesús lo llama. Nosotros sabemos que Dios escucha las oraciones y las peticiones de todo hombre, ¿por qué no escuchar la petición de unos hombres alegres con su vocación que desean que un buen amigo también goce de los mismos bienes?. Y la llamada eterna, que es la vocación, se combina con la libertad de los hombres. La amistad ha sido el cauce para la vocación de Felipe.

Felipe actúa como quien es, pues la vocación no cambia el modo de ser, y va en busca de otro amigo: Natanael, el cual será conocido más tarde como Bartolomé, y le manifiesta su descubrimiento: "encontró Felipe a Natanael y le dijo: Hemos encontrado a aquél de quien escribieron Moisés en la Ley y los Profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José". Estas palabras manifiestan tal amistad entre ambos que enseguida pueden hablar de cosas importantes. ¿Acaso es fácil callar las cosas alegres con los amigos? ¿No es muy deseable contarles lo que se lleva dentro? Pues eso es lo que hace Felipe, y además conectando con las inquietudes de Natanael y su nivel de conocimientos. Felipe recibe la vocación a través de sus amigos y él es el amigo a través del cual Dios llamará al sexto apóstol.

Pero no queda aquí la cosa, pues el mismo Felipe es protagonista de un suceso que llenó de gozo a Jesús cuando ya estaba cercana la Pascua en que viviría su Pasión y muerte. Ya Lázaro había sido resucitado y el nombre de Jesús estaba en todas las bocas; muchos iban tras Jesús, la oposición de los importantes era más intensa. Muchos contaban los milagros del Señor, otros sus palabras y sus discusiones en el Templo y unos griegos que habían subido a adorar a Dios durante la fiesta desean ver y hablar con Jesús. No es fácil saber si eran judíos que vivían en Grecia o griegos que conocían y aceptaban la fe de los judíos, o si incluso eran prosélitos, pero no les resultaba fácil acercarse a Jesús para poder hablar en un aparte en confianza sin el tumulto de la muchedumbre, cuando se dan cuenta de que uno de los íntimos de Jesús es Felipe que les inspira confianza y, como es natural, acuden a él: "éstos se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea y le rogaron diciendo: Señor, queremos ver a Jesús. Fue Felipe y se lo dijo a Andrés, y Andrés y Felipe fueron y se lo dijeron a Jesús". Es lógico que sea así, pues cuando hay lazos de lengua, de aficiones y de amistad las barreras son menores para todo, también para acercarse a Dios.

La lección que podemos extraer es clara: la amistad es el camino privilegiado para el apostolado. No la falsa amistad del que quiere congraciarse con alguien para ganarlo a su causa, sino la amistad sincera del que quiere lo mejor para los suyos. Si los amigos son muchos, mejor aún. Si la facilidad es tal que uno puede llegar a intimar con todos con rapidez, pues miel sobre hojuelas. Los valores humanos son un cauce maravilloso para que la gracia de Dios llegue cristalina y con abundancia a los hombres. No parece fácil que eso suceda si el apóstol es taciturno, envarado y antipático, profeta de desgracias y pájaro de mal agüero. Con fuerza lo dice el Beato José María: "Caras largas..., modales bruscos..., facha ríficula..., aire antipático: ¿Así esperas animar a los demás a seguir a Cristo". Felipe no es apóstol de este estilo, si es que alguien puede serlo; sino que tiene gracia y salero para hacer grato el encuentro con Cristo; era un buen instrumento de Dios, digno de imitación para todos los que quieran ser apóstoles. Buena cosa es que todos los bautizados aprovechen sus lazos de amistad para acercar a sus amigos a Dios. La amistad es cauce para un verdadero apostolado.

Doscientos denarios

Con una pregunta de Jesús a Felipe se inicia la preparación del milagro de la multiplicación de los panes y de los peces para dar de comer a una multitud. Esta pregunta desconcierta a Felipe, pues desvela un tanto sus pensamientos ocultos.

Leamos el evangelio para calibrar los detalles. Seguía a Jesús "una gran muchedumbre", cinco mil hombres. Todos debían sentir una cierta inquietud por el hambre y la voluntad manifiesta de la multitud de no separarse de ellos. Pero nadie dice nada hasta que Jesús dirigiéndose a Felipe le dice: "¿Dónde compraremos pan para que coman éstos?", Juan aclara con una apostilla de buen observador que "lo decía para probarle". ¿Por qué necesitaba probarle? No sabemos si era porque Felipe pasaba un momento de duda y de desánimo, o para que tuviese más fe, o porque estaba haciendo planes para que Jesús fuese aceptado como rey por aquel grupo que le parecía tan grande. De hecho muchos lo intentaron después de la multiplicación de los panes y haber comido "cuanto quisieron". No lo sabemos, pero algo podemos intuir después de la respuesta de Felipe: "Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno coma un poco".

El cálculo era certero pues si consideramos que un denario es el salario de un cabeza de familia y con él puede dar de comer dos o tres veces al día a seis o diez personas, pues doscientos por veinte o treinta, suponen unas seiscientas personas, pensemos en un alimento frugal y puede dar de comer a unos dos mil o quizá tres mil, pero cinco mil es demasiado, y quizá este número debía ser matizado, pues según dice Mateo era "sin contar mujeres y niños". Estos cálculos nos pueden llevar a una cifra de veinticinco mil personas, con lo que las preocupaciones y cálculos de Felipe se muestran justificados.

Los hechos posteriores servirán para que todos den un salto de calidad en su fe. Jesús da de comer a toda a aquella multitud y sobran doce canastos llenos. Después en Cafarnaúm hablará el Señor del Pan de vida que será Él mismo. Muchos rehúsan creer y abandonan al Maestro; otros permanecen, entre ellos los apóstoles, pero queda claro que Jesús les pedía una fe de más alto nivel.

Pero volvamos a Felipe pues Jesús quería probarle. Nosotros sabemos que existen diversas pruebas y que si Dios las permite es para que los hombres mejoren; algunas las realiza Él mismo. Ya conocían los apóstoles las palabras de la Escritura que dice: "porque era acepto a Dios fue necesario que te probase", o "el vaso de barro se prueba en el fuego, y el justo en la tentación"; y no sólo las palabras pues ¿cómo no recordar las pruebas que padeció Abraham, especialmente la de sacrificar a su hijo, o las de Jacob y los patriarcas por no citar a David y, sobre todo, a Adán y Eva?

Jesús quiere verificar la fe de Felipe e interroga a su sentido común, pero es patente que hay algo sobreentendido que no conocemos y que Felipe debió captar, aunque responde a la pregunta con la respuesta obvia. ¿Qué le quería decir Jesús precisamente en los momentos anteriores al milagro de la comida abundante? Quizá le está diciendo: ¿dudas que realmente soy el mesías que traerá abundancia a Israel y un reino de paz, justicia y amor? Era posible que se hubiese insinuado una duda en el corazón de aquel hombre que seguía a Jesús desde hacía casi un año. y no veía por ningún lado lo anunciado por los profetas: "las eras se llenarán de buen trigo, los

lagares rebosarán de mosto y aceite". Y aunque interpretase estas palabras en sentido espiritual y simbólico, está claro que Jesús no quería un reino temporal y humano por muy lleno de religiosidad que se montase. Jesús buscaba a los pobres, decía las verdades gustasen o no, vivía con sencillez, era manso y humilde de corazón, aborrecía la violencia y no se introducía en los avatares de la política de su tiempo; es más, trataba bien a los dominadores romanos: su reino no era como los de este mundo, evidentemente, y el entusiasmo primero de la entrega de Felipe se iba enfriando.

Sin duda Felipe entendió la prueba de Jesús y creyó con más fuerza que antes. Pero conviene tener en cuenta que todos seremos probados y que la tentación será como el fuego que hace que brille más puro el oro abrasando las impurezas, escorias y suciedad que lo rodean. "Algunos padecen graves tentaciones al principio de su conversión, otros al fin; otros casi toda su vida las sufren. Algunos son tentados blandamente, según la sabiduría y juicio de la divina ordenación, que mide estado y méritos de todos, y todo lo tiene ordenado para salud de los escogidos".

La prueba de Jesús a Felipe no era una tentación sino una oportunidad para confiar más en el Señor. En un sentido estricto Dios nunca tiente, tiente el diablo y las malas inclinaciones de la carne. La tentación aprovecha las tendencias al mal y las remueve para que el hombre caiga en la tela de araña que esclaviza hasta la muerte. La prueba divina, en cambio, solicita lo mejor del hombre, aunque le cueste, e incluso sea heroico. Lo más probable es que Jesús quisiese que Felipe, hombre culto en la Sagrada Escritura, como se vislumbra en la conversación con su amigo Natanael, mejorase sus esquemas mentales sobre el reino de Dios y captase su sentido espiritual, muy superior a todos los reinos humanos, y aceptase que era un "reino de paz, justicia y gozo en el Espíritu", pero no la restauración del reino de Israel esperada por muchos como una liberación de las potencias extranjeras, que lo sojuzgaban.

La pregunta de los denarios, como el milagro posterior, son oportunidades que Jesús ofrece para formar mejor a sus discípulos, en este caso al amistoso y culto Felipe.

Muéstranos al Padre

La última intervención conocida de Felipe se produjo durante la última Cena. Ya han concluido el banquete pascual en el que Jesús ha instituido el Sacrificio sacramental de su Cuerpo y de su Sangre en una Nueva y definitiva Alianza de Dios con los hombres. Judas se ha marchado. Jesús abre su corazón a los suyos de un modo entrañable y profundo. Los apóstoles intervienen de vez en cuando. Primero Pedro reafirma su amor hasta la muerte, después Tomás le pregunta por el camino pues desconoce a dónde va, y Felipe va al fondo de la cuestión al decir: "Señor muéstranos al Padre y nos basta". La reacción de Jesús sorprende, pues es como una queja por ser poco comprendido y dice: "Felipe ¿tanto tiempo que estoy con vosotros y no me has conocido?"

Hagamos un esfuerzo por comprender la pregunta de Felipe. El apóstol ha sido formado en un monoteísmo total. Acepta la existencia de un Dios único, Creador de todo el universo. Rechaza el politeísmo de los pueblos que les rodean, aunque sean más cultos como los griegos y los egipcios, o más fuertes y justos como los romanos. Sabe que Dios es espíritu, distinto al mundo, y conoce muchos de sus atributos: ser fiel y veraz, todopoderoso, omnipresente, sabio, eterno y

otros muchos. Pero es un Dios único, no hay dos, ni tres dioses o más. Eso lo acepta, y sabe que Jesús enseña la misma verdad. Ciertamente que con Jesús ha aprendido a conocer a Dios como Padre con acentos y matices nuevos, su relación es más confiada y entregada buscando cumplir siempre y en todo la divina voluntad, pero ahora hay algo nuevo. En las discusiones de Jesús con los sabios del Templo había dicho Jesús: "Yo y el Padre somos uno" y los judíos lo habían interpretado en el sentido correcto "porque tú, siendo hombre, te haces Dios", le dicen a Jesús; pero Felipe podía pensar que era una mala interpretación de los judíos, tan dados a interpretar torcidamente las cosas, la expresión de Jesús podía explicarse como una unión altísima e íntima entre Jesús y Dios, pero el silencio de Cristo indica que en este punto los judíos han entendido rectamente.

El ambiente de la Cena pascual es amable y cargado de fe; todos son amigos y se quieren, se puede hablar y preguntar sin ningún tipo de cortapisa. Por eso, cuando Jesús dice: "si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre", y añade que les iba a preparar un camino junto al Padre, entonces se lanza Felipe a preguntar, y, a raíz de la pregunta, Jesús revela con claridad el misterio de la vida íntima de Dios, el misterio de la Santísima Trinidad -un sólo Dios y tres Personas, enseñará la Iglesia siglos después reflexionando sobre las sencillas y hondas palabras de Jesucristo- y le dice a Felipe: "¿no crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí?". Sí que lo creía Felipe, pero le faltaba darse cuenta de todo lo que significa "ser uno con el Padre" para Jesús. Por eso pide más fe: "creedme: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí" y añade después, como si la revelación clarísima de su divinidad fuese poco, que rogará al Padre para que les dé "otro Paráclito...el Espíritu de la Verdad".

La revelación sobre Dios ha llegado a su punto más alto de un modo inequívoco: existe un solo Dios que es Padre, es también Hijo distinto del Padre, y, además es Espíritu de Verdad, o Paráclito, o Espíritu Santo. El lamento de Jesús por no haber sido todavía comprendido no le lleva a callar por la poca fe o la rigidez de los esquemas mentales de Felipe y los demás, sino que les revela el misterio de la vida íntima divina: ese único Dios en quien ellos creen no es un Dios solitario, sino que vive una riquísima vida -la nuestra sólo es un reflejo de la vida divina-, esa vida es tan rica que tres personas, con tres nombres distintos, manifestadas a los hombres de variados modos, coexisten de un modo eterno, sin graduaciones y sin dejar de ser un sólo Dios.

Es interesante fijarse en que Jesús no quiere utilizar conceptos filosóficos, aunque éstos serán tan útiles a la Iglesia, a los teólogos y los cristianos de varios siglos después para explicar que no creen en tres dioses, sino en un sólo Dios subsistente en tres Personas. Pero ¿de qué hubieran servido esas nociones a hombres que desconocen las sutilezas de los pensadores? Jesús les habla de modo sencillo y a su alcance, pero suficientemente claro para que crean, si quieren, que no sólo Jesús es verdadero Dios y verdadero hombre, sino que llama Padre a otro alguien que también es verdadero Dios, y que los dos enviarán otro alguien que llama Paráclito con una función importantísima de ayudarles en el futuro, pues "les enseñará todo y les recordará todas las cosas", traerá alegría porque será el fruto de la reconciliación de Dios con los hombres pecadores que va a realizar Jesús. Este Paráclito les "guiará hacia toda la verdad...dirá todo lo que oiga...anunciará lo que ha de venir...glorificará a Jesús", la historia demostrará la grandeza de estas palabras y al final de los tiempos nos daremos cuenta de todo con total nitidez.

La revelación de quién es Dios -junto a otras- es tan intensa en aquellos momentos que los apóstoles no pueden menos que decir: "ahora sí que hablas con claridad y no usas ninguna

comparación; ahora vemos que lo sabes todo y no necesitas que nadie te pregunte". Era lógico el entusiasmo de aquellos hombres que pocos años antes vivían tan lejos de aquella luz tan intensa. Es cierto que Jesús, con sabiduría divina, ha dosificado la revelación para que no quedasen cegados ante la intensidad de la iluminación; por eso utilizaba parábolas y, sobre todo, limpia sus corazones para que su mirada fuese limpia, sólo así podrán ver la Luz sin escandalizarse, o quedar ciegos. Ahora, después de tanta formación teórica y práctica, aprovechando la preparación de tantos profetas durante tantos siglos, les desvela con divina sencillez quién es Dios. Ya pueden creer y, por tanto, conocer la vida íntima de la divinidad con el testimonio del mismísimo Dios.

A nosotros sólo nos queda decir: ¡Gracias Felipe por tu audaz y confiada pregunta! Jesús lo hubiese dicho igual, pero tú conseguiste que fuese en el marco de una diálogo amistoso, así nos enseñas a hacer oración verdadera buscando la luz, y amándola, superando esquemas pequeños - aunque parezcan grandes- y acercándonos al Dios verdadero que nos habla

En la medida que captemos por la fe el misterio de la Santísima Trinidad, comprenderemos mejor quién es el hombre -imagen y semejanza de Dios-, que es persona -alguien delante de Dios para siempre-; el misterio de la Iglesia -instrumento de la Trinidad y Templo suyo-, la santa Misa -acción trinitaria no humana-, la grandeza de cada uno de los sacramentos, e incluso el fin último de la sociedad humana y de la historia. Todo queda iluminado ante la luz de quien es Dios. Una vez más ¡gracias, Felipe!

Acudamos a la intercesión de san Felipe para que nos haga audaces en la oración con el himno del breviario en su fiesta:

Oh, Felipe, que resplandeces con la gloria de tu eximia vocación y, al igual que Pedro, el Príncipe de los Apóstoles, quisiste a Cristo con todas las fuerzas de tu corazón.

El Señor corresponde , dándote pruebas íntimas de tu amor y de Él aprendes los misterios profundos de su vida y la del Padre.

Oh tú, que con tu sangre nobilísima has confesado el nombre de Jesús, haz que, llenos de fe y confianza, nos apresuremos a la Patria del Cielo.

Y, una vez allí, en la Casa del Padre, entonemos sin cesar a la Trinidad beatísima el himno de tu gloria. Amén

Leví o Mateo

¿Por qué un doble nombre? y ¿por qué domina el de Mateo sobre el de Leví? Esta es una cuestión que puede ayudar para conocer mejor a este apóstol que, además, es evangelista. El nombre Leví conecta con la tribu elegida para cuidar del culto de Dios, y por eso no se le atribuye un territorio como a las demás. Todas las otras tribus deben pagarle un diezmo o tributo por los servicios que ejercen en beneficio de la comunidad. Nada hay reprochable en el nombre, y quizá explica el motivo de su dedicación a las cuestiones económicas. Su profesión es la de recaudador de impuestos, tanto si la ejerció con justicia como con abusos, el nombre de Leví le

recordaba su vida anterior antes del encuentro con Cristo, y prefiere utilizar otro como es el de Mateo.

El nombre de Mateo tiene un origen etimológico de gran belleza: Mattai que significa "Don de Dios". No sabemos si era un nombre que ya tenía -hemos visto lo frecuente que era en aquel tiempo tener varios nombres- o bien lo adoptó con libertad, bien consciente de lo que era su vida a partir de entonces. Ciertamente toda vida es un "don de Dios" ¿quién se ha dado la vida a sí mismo, o simplemente la salud? Es de sabios ver todo en la vida como un don de Dios. Pero dentro de los dones de Dios hay algunos que, por ser tan frecuentes y usuales, parece que no son dones sino derechos, y realmente son dones. De distinto modo vivirían muchos hombres si viesan su vida como un regalo que pueden disfrutar, aunque no derrochar. Hay otros dones tan extraordinarios que nadie se siente capaz de exigirlos como derechos, ni casi de soñarlos. La vocación es uno de ellos. Ciertamente que todo hombre tiene una vocación divina, personal y única; pero cierto también que nadie puede exigir determinada vocación como un derecho. Ni se puede exigir a Dios que nos eleve a ser partícipes de su vida íntima como hace por la gracia en la filiación divina, ni se puede exigir ser sacerdote de Cristo y, mucho menos, se puede pretender ser Apóstol del Mesías. La llamada es un "don de Dios" tan grande, que llamarse "don de Dios" o Mateo, que es lo mismo, se hace con gozo. Es muy posible que cada vez que Mateo escuchase su nombre sintiese como el cosquilleo del agradecimiento de esa verdad: su vida es realmente un "regalo de Dios".

De hecho, en las listas de los doce apóstoles tanto Lucas como Marcos le llaman Leví con toda naturalidad, mientras que él se autodenomina Mateo. San Jerónimo dice a este respecto que "los otros evangelistas, por respeto y veneración a Mateo, no querían llamarle con el nombre con que todo el mundo le conocía, sino que le llamaron Leví. El apóstol, en cambio, se nombra a sí mismo con el de Mateo y "el publicano". Quería dar a entender con esto a todos sus lectores que nadie debe dudar de su salvación si se convierte a una vida mejor, ya que él mismo se convirtió de repente de alcabalero en apóstol". Parece probable esta opinión, aunque me inclino más por la postura agradecida del que se da cuenta del buen negocio que acaba de iniciar.

La Sagrada Escritura nada dice del destino posterior del apóstol, cosa que extraña dada la aceptación de su escrito incluso entre los evangelistas, puesto que una de las teorías más probables sobre la composición de los evangelios de Lucas y Marcos es que utilizaron un antiguo escrito arameo de Mateo. Sea cual fuere la realidad se sabe más de su obra que de su persona. Se le atribuyen diversos escritos narrados por la herejía gnóstica que, apoyándose en su autoridad, describen fantasías nada inspiradas por el Espíritu Santo y que fueron rechazadas por la Iglesia. Unos le atribuyen la evangelización de Arabia, Persia y Etiopía. También se le cita con los pontos y los macedonios, e incluso que se libró de morir ante los antropófagos. Unos dicen que murió de muerte natural y otros de modo violento quemado en la hoguera -muchas leyendas coinciden en este punto- e incluso que fue decapitado. Una vez más nos admiramos de los planes de Dios que permite que pasen de un modo tan oculto a los ojos de los hombres personajes tan heroicos, pues lo que realmente cuenta es cómo los ve Dios. Sus restos fueron llevados de Etiopía a Italia en Paestum cerca de Salerno en Italia en el siglo X.

Pecador Público

Una conversión no suele ser algo súbito, sin historia previa. Sin duda Leví en su telonio llevaba tiempo agitado por inquietudes espirituales, mientras hacía cuentas y extendía recibos. Dentro de él la insatisfacción y la espera, sin saber de qué, habían abierto un agujero invisible. Las cifras cuadraban, pero algo en su interior no encajaba bien. Hasta que un día le llamó la voz que llenaba aquel vacío, y echó por la borda su negocio y sus costumbres de garantizada seguridad. ¿Cómo era Leví antes de la llamada? Sólo sabemos una cosa: era publicano. En la actualidad decir publicano equivale a pecador público, pero la realidad tiene más matices. Veamos algunos. La situación económica de Israel en tiempos de Jesús era desastrosa, existía una gran pobreza. Para muchos, una de las causas principales de la pobreza consistía en los pesadísimos impuestos con que estaba gravada Palestina. Tanto los romanos como sus delegados y los sucesivos reyezuelos como Herodes rivalizaban en gravar impuestos, que se añadían a los que se tributaban al Templo según la Ley.

Pero lo que hacía más insoportables los impuestos era el modo de cobrarlos. Los distintos organismos arrendaban a ricos personajes, o a compañías, el cobro de dichas cargas. Éstos, para asegurarse el beneficio, reclamaban a los contribuyentes el pago de cantidades mayores. Así, de ordinario, hacían fortunas escandalosas. Los subalternos seguían el ejemplo de sus superiores y añadían sobretasas con lo que se agravaba la mala situación en una cascada difícil de controlar, pues nadie tenía autoridad, ni deseos, para establecer una justicia y una equidad en este terreno. Cuando los que ejercían este oficio eran judíos, eran muy mal vistos por sus compatriotas que los asimilaban a los pecadores de la peor ralea, y con frecuencia acertaban ante la cadena de pecados que suele darse en los que abandonan la Ley de Dios.

¿Abusaba Mateo de su trabajo como publicano? No lo sabemos. Pero sí es posible asegurar que recibiría el desprecio de los demás judíos que veían en él al típico chupador de sangre, aunque no lo fuera, y le cubrirían con los más indelicados improperios, o, al menos, con el desprecio y el vacío.

Ese vacío social era superable. La vida acomodada lleva a no dar demasiada importancia a esos detalles molestos. De hecho, es notorio que los publicanos estaban bastante unidos entre sí, pues tanto en la vocación de Mateo como en la conversión de Zaqueo lo primero que les viene a la cabeza es organizar un convite con abundantes asistentes. Muy solos no debían estar, teniendo en cuenta que el dinero facilita muchas amistades, aunque demuestren su fragilidad cuando falta. Pero mientras tanto: comamos y bebamos que mañana moriremos.

Otro vacío era más difícil de superar. El propio del que se llena de cosas sin sustancia. El corazón del hombre está hecho para amar, y cuando no ama se venga y se llena de inmundicia, de malestar, de resentimiento, de risa estridente, sordina de algún malestar íntimo. Almacenar, sí, pero ¿quién se llevará todo esto?. Comer y beber en calidad y abundancia, pero con resaca, es un mal negocio al que hay que añadir la insatisfacción del el alma. Y el agujero crecía.

Por otra parte Mateo percibe la vibración del ambiente ante Jesús. Está bien informado y muchas de las palabras del Señor caen en su alma como la semilla que crece poco a poco, pero imparable. Y ve cosas, sí, muchas cosas. Ve que algunos pecadores y pecadoras públicos rectifican y están alegres. Curiosa alegría ante la pérdida de tantos gustos y placeres. Pero en sus rostros se leía que les importaba un comino lo perdido. Todo esto unido a la conciencia, que es la

voz de Dios en el interior del hombre, va formando un clamor que de suave pasa a tempestad. "¿Por qué no cambio de vida?" Pero una duda se hace en su interior: "¿Podré yo vivir sin todo lo que ahora me llena?" y "si me decido, ¿ese Maestro me aceptará o me rechazará como hacen los demás maestros de Israel"? El sí y el no se convertían en una marea que sube y baja según las horas y los tiempos.

Pecador o no necesitaba una conversión quizá vale para Leví el poema de Lope de Vega:

Cuando me paro a contemplar mi estado y a ver los pasos por donde he venido, me espanto de que un hombre tan perdido a conocer su error haya llegado.

Cuando miro los años que he pasado la divina razón puesta en olvido, conozco que piedad del cielo ha sido no haberme en tanto mal precipitado.

Entré por laberinto tan extraño finando el débil hilo de la vida el tarde conocido desengaño, más tu luz mi oscuridad vencida, el mostro muerto de mi ciego engaño vuelve a la patria, la razón perdida.

Es muy posible que sintiese un vacío en el alma que los bienes materiales no conseguían llenar. Muchas oraciones de los salmos brotarían en su alma espontáneas: "Desde lo hondo grito a Ti grito, Señor; escucha mi voz; estén atentos a la voz de mi súplica. Si llevas la cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero de tí procede el perdón y así infundes respeto. Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra; mi alma aguarda al Señor más que el centinela la aurora".

Con esta preparación previa en el interior de Leví es más comprensible la rápida y generosa respuesta cuando es llamado. Responder era llenar el vacío, reparar los errores si los hubo, salir de una vida sin sentido, aunque cómoda, para embarcarse en el entusiasmo de lo divino. Era, por fin, saberse perdonado y querido por el mismo Mesías. Leví se siente como la oveja perdida que es buscada y hallada por el buen pastor; es la moneda de la viuda pobre que reúne a las amigas para celebrar su hallazgo; es el hijo pródigo que vuelve a casa con la lección bien aprendida de lo que vale la locura del pecado. Pero algo muy difícil le quedaba a Leví después de ser perdonado y acogido por Dios. Ese algo era perdonarse a sí mismo. El pecado, como la vida frívola, dejan su huella y el recuerdo intenta intranquilizar con los anteriores desvaríos. Y sufre. A pesar de la sonrisa del Señor que le anima una y otra vez a olvidar la vida pasada, le cuesta. Hasta que se instale en su interior con hondas raíces la realidad de ser acogido y perdonado totalmente. Y se hace vida en su interior lo que dice Ezequiel: "Acércate confiadamente al Señor que no se complace en la muerte del pecador, sino en que se convierta y viva".

El Convite

No es fácil describir lo que sintió Leví al entregarse, pero un dato nos revela su alegría: celebra una comida multitudinaria. Recojamos la descripción de los evangelios: "Leví le dio en su casa un gran banquete. Y asistían gran número de publicanos y otros que estaban sentados con ellos a la mesa". Más que una comida familiar, es un gran banquete para muchos, no para unos pocos

íntimos, pero todos amigos en un corazón que acababa de agrandarse para dar cabida al mundo entero. La alegría de Mateo es evidente y no puede dejar de comunicarlo a todos los vientos.

La primera consideración ante este convite es mirar y admirar la alegría de Leví. Siempre que se vive con generosidad la alegría inunda el alma. Pero si la generosidad es una respuesta a una llamada divina, la alegría es desbordante. La vida de Leví es más libre, es una vida nueva. Los enamorados saben bien lo que se siente al descubrir el amor y saberse correspondido. Todo adquiere un nuevo color y una nueva luz. El enfoque es distinto. La palabra que mejor describe el estado de ánimo de Leví es entusiasmo, "lleno de Dios", "lleno del amor divino".

Pero una alegría no comunicada a los amigos es rara y Mateo quiere comunicar su gozo a todos. No puede callar. Quiere celebrarlo. Ojalá hubiésemos podido recoger las palabras de Leví a sus amigos publicanos, los cuales quizá no acababan de creer que un rabí fiel a la Ley les tratase con tanta deferencia; tampoco que Leví estuviese dispuesto a dejar la vida fácil que llevaba hasta el momento. Todo Cafarnaúm se conmovió. Los buenos se alegraban de la recuperación de un pecador; los malos critican mirando con malos ojos; los indiferentes no entienden nada, pues sus pensamientos giran en torno a sus egoísmos de horizontes pequeños. Leví les habla de que el Maestro era distinto de los demás rabís, pues comprendía y perdonaba. Les anima a situarse cara a cara con Dios. Es natural que las reacciones de los demás publicanos fuesen de lo más variado. Hasta que Leví les dice: venid y lo veréis. Podréis comprobar que no os rechaza.

Y acudieron a la fiesta "en gran número". La escena es digna de ser imaginada. Por una parte acudían los publicanos compañeros de trabajo y amigos de Leví. ¿Cómo no acudir a una fiesta tan espléndida y tan rara?. Luego estaban los pecadores, que los Evangelios diferencian de los primeros. Quizá asistían también hombres y mujeres de mala vida, compañeros de los ricos a los cuales servían con su desvergüenza y de cuyo dinero se beneficiaban. También se encontraban otros muchos entre los cuales se contarían los primeros discípulos de Jesús y algunos de los beneficiados con milagros en Cafarnaúm y alrededores. Curados o no, ¿cómo no acudir? Junto a ellos sus familiares más directos y amigos, también muchos de los que ya escuchaban y admiraban al Maestro. Algunos de éstos tendrían que hacer esfuerzo para acudir a casa de Leví, pues aunque la Ley no prohibiese expresamente acudir a casa de los publicanos y comer con ellos, ésta era la interpretación más corriente para evitar la ocasión de pecado que una mala amistad puede llevar consigo. Pero la presencia de Jesús les anima y acuden. Un grupo algo heterogéneo, pero digno de ser mirado de cerca. Al no saber dónde colocarse, lo harían con los más conocidos, un tanto envarados y circunspectos.

Invitar a comer es una muestra de amistad del más alto nivel. Comer es algo prosaico y necesario. Casi se puede decir que si se redujese esta necesidad a la tarea de consumir alimentos sería algo duro e, incluso, desagradable Pero el ser humano ha sabido rodear de amabilidad esta necesidad. Es más, comer en familia es algo grato e íntimo, deseable. Invitar a comer es introducir al amigo en la propia intimidad. No es infrecuente que las amistades se conviertan en más íntimas después de comer juntos. La conversación suele surgir fluida y amable tras la comida. Otras veces la invitación es para celebrar una alegría o una fiesta. Este el caso del convite con el que Leví agasajó a Jesús después de ser llamado por el Señor.

La vocación de Leví fue rápida, como la de Juan y Santiago. Como ellos deja su vida anterior y su actividad al instante. Así lo cuenta Lucas: "Salió Jesús después y miró a un publicano, por nombre Leví, que estaba sentado en la oficina del fisco. Y le dijo: "Sígueme". El se levantó, dejó todas las cosas y le siguió". Probablemente fue precedida por las palabras de Jesús dichas en general y recibidas con buen espíritu por aquel buen hombre. Cuando le llama se decide con fuerza y generosidad, y la alegría llena su vida.

La alegría de Leví nos lleva a pensar que debió preparar a fondo el banquete. "Seguiremos la Ley del modo más estricto, pero no quiero que falte de nada", "quiero que el Maestro esté contento" y junto a este deseo principal el derivado de celebrar una despedida sonada: "lo dejaba todo para seguir la voluntad de Dios". Y los sirvientes prepararían una de las mejores comidas que se habían visto en aquella población. Lucas nos dice que fue "un gran banquete". Sobrio, pero alegre y agradecido. Una antesala de los tiempos mesiánicos tantas veces anunciados. No pensemos sólo en la comida y la bebida, seguro que la decoración y la iluminación serían extraordinarias. No es posible saber si hubo música, pero sería extraña su falta dado lo aficionados que eran a ella los judíos y los galileos.

Cuando llegó Jesús, se hizo un silencio expectante. La sencillez del Señor hace fácil y gratas las cosas. Se ve que Jesús está contento, sonríe, come poco, pero no rechaza el alimento. Todos fueron perdiendo poco a poco el envaramiento, comportándose con naturalidad. La alegría y el buen ambiente se hacen contagiosos, como en las bodas de Caná. Una vez pasado un tiempo prudente, la conversación se centra en escuchar al Maestro. Zeffirelli se imagina que fue allí donde contó su parábola del hijo pródigo. No lo podemos asegurar, pero, si así fue, Leví casi lloraría de agradecimiento reconociéndose en el mal hijo que vuelve a la casa paterna, y donde sólo cabía esperar regaños, encuentra cariño y en mayor medida que anteriormente. Los pecadores escuchan aquellas palabras como una invitación amable y paternal a cambiar de vida y no jugarse la eternidad por cuatro placeres vacíos y sin sustancia. ¿Se alargó la comida o la sobremesa? Seguramente, y quizá más de uno comenzó una vida nueva cara a Dios.

Pero una sombra alteró el grato ambiente de la fiesta. La provocaron los escribas y fariseos cuando se dirigieron a los discípulos de Jesús con un escándalo, que después hemos llamado farisaico, pero que podemos llamar sencillamente hipócrita, al decirle: "¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?". La respuesta parece obvia, pues Jesús estaba viviendo la caridad. Pero un obstáculo, que después surgirá con frecuencia, sale a la luz: la interpretación legalista y estrecha de la Ley iluminada o ensombrecida por la envidia de bajo calado. Quizá los discípulos no supieron contestar, llevaban poco tiempo con el Maestro. Y es Jesús mismo el que contesta en público a lo que decían aquellos pocos y todos pensaban diciéndoles: "Id y aprended qué significa misericordia quiero y no sacrificio. Porque no he venido a llamar justos, sino pecadores, no necesitan médico los sanos, sino los que están mal".

Mateo escucha con gozo la respuesta de Jesús, aunque le apene haber sido ocasión de producir un disgusto al Señor. "Debí haber pensado en que le comprometía", pero estaba tan contento, que ni pensó las críticas previsibles en aquellos enredadores. Ya aprenderá, al pasar el tiempo, que aquello no era casi nada con lo que iba a suceder, pero de momento una sombra coexiste con la luz.

Al acabar la comida todos vuelven a sus casas comentando lo sucedido. Debió ser entonces

cuando Leví acomete la labor de preparar las cosas para su nueva vida. Debió dar órdenes para vender las cosas del modo mejor posible; presentó su dimisión como publicano ante las autoridades competentes, preguntó que debía llevarse; quizás nada. Y así, con el saco vacío y el corazón lleno, comenzó su nueva andadura más difícil que la anterior, y mucho más gozosa.

¿Por qué no fue Mateo el administrador?

En muchas ocasiones es patente la habilidad de Mateo para el orden y la contabilidad. Cita con precisión la crítica de Judas sobre lo que valía el perfume de nardo con que se ungió a Jesús antes de la Pasión -trescientos denarios-, se fija mucho en el joven rico y su marcha triste por el apegamiento a las riquezas, también narra la expulsión de los mercaderes del templo. Y en sus parábolas no son infrecuentes las referencias al dinero o actividades mercantiles. Todo esto indica que conserva la sensibilidad hacia los negocios adquirida antes de ser llamado por Cristo a seguirle dejándolo todo. Lo bueno poseído no tiene por qué perderse.

Por otra parte es muy ordenado en sus narraciones pues agrupa las parábolas según los temas, reúne la predicación de Jesús sobre todo en el sermón del Monte. También aquí podemos contemplar algo tan necesario para un contable como es el orden sin el que ningún negocio puede salir adelante.

Luego, ¿por qué no se le encomendó a Mateo la administración de los bienes de la pequeña comunidad que formaban los doce con Jesús? La respuesta solo encuentra respuesta cabal en la sabiduría divina, pero algo podemos razonar para vislumbrar los planes divinos.

La vocación no es una exigencia humana, algo debido a los propios talentos, sino una elección divina, sorprendente y desproporcionada. Mateo no fue llamado para ser administrador de los pocos bienes de aquel reino de Dios en pequeño, ni siquiera del futuro Reino de Dios. Fue llamado para dejar bien claro que la dignidad de apóstol no se restringía a ninguno de los grupos que coexistían en Israel, sino que todos cabían si estaban dispuestos a tener fe y vivirla con coherencia.

Por otra parte no es impensable que Jesús quisiese dispensar a Mateo de lo que le recordaba su vida anterior tan cercana al pecado. Mateo agradece este detalle de delicadeza de nuestro Señor, aunque más de una vez pudiese constatar la impericia -no quería pensar mal- de Judas. Pero si Jesús quería que Judas administrase los dineros, pues era lo mejor, y no había más que hablar. Poco pensaba Mateo que su habilidad con la escritura y su costumbre de anotar las cosas le ayudaría a poner por escrito lo que todos habían oído, pues la memoria es traidora con frecuencia, y unas buenas notas ayudan a activarla con precisión evitando las jugadas de la imaginación

Evangelista para judíos

Leví habla poco en los evangelios, pero escribió uno de ellos. Este hecho muestra algo su talante observador y reservado. Un hombre impetuoso, como lo era la mayoría de los apóstoles, habla al hilo de los acontecimientos; sus palabras suelen ser como una reacción dialogante. Pero un

hombre observador medita más sus palabras, conserva lo que más le impresiona, lo graba en su memoria, o en sus apuntes, para reflexionarlo a solas, o escribirlo.

Dos son los apóstoles que escribieron la vida de Jesús, Mateo y Juan. Los dos nos muestran la riqueza de la personalidad de Nuestro Señor y de su doctrina, pero sus escritos son enormemente distintos. Ven lo mismo, pero cada uno desde su personal experiencia. Los dos coinciden en la misma verdad, pero con diferencias que la enriquecen. Mateo escribe la vida de Jesús pensando en los judíos como destinatarios.

El evangelio de Mateo es llamado el evangelio del Reino, ya que insiste una y otra vez en el nuevo Pueblo de Dios que ha de suceder a Israel. Es también el evangelio anunciador del Mesías rechazado y la enumeración de profecías que se cumplen es grande, sin llegar a agotarlas todas. Sus escritos van dirigidos a compatriotas judíos, creyentes o no, como diciéndoles: "mirad, este es el Mesías esperado y anunciado por los profetas". Tras sus palabras se descubre la alegría del que ha descubierto la verdad, más alegre aún dado su alejamiento de Dios cuando fue llamado por Jesús y considera su vocación la perla preciosa por la que vale la pena vender todo y adquirirla.

La vida anterior de Leví se advierte también en sus escritos en el modo como habla de dinero y de negocios. Mateo escribe en doce ocasiones de dinero y de monedas: Juan sólo en dos. Se fija en que uno de los presentes de los magos es "oro". Es el único que relata el pago milagroso de la contribución al templo de Pedro y Cristo. Sólo Mateo narra la parábola del tesoro escondido, y la del mercader que comercia en perlas finas, y cuando encuentra una perla preciosa vende cuanto tiene y la compra. Sólo él cuenta la de aquel "siervo a quien el rey perdonó en su rendición de cuentas diez mil talentos y que al salir de su presencia quería ahogar a otro consiervo suyo que le debía cien denarios"; y la de los "trabajadores que envió el padre de familia a su viña, después de convenirse con ellos en un denario diario de sueldo"; la de los talentos "que el Señor repartió a sus siervos, dando al uno cinco y al otro dos y al otro uno, a cada uno según su capacidad", y "al siervo perezoso le replicó el Señor: Debiste haber dado mi dinero a los banqueros y a la vuelta hubieras podido entregarlo con sus intereses". Bien conocía Mateo el mundo de las finanzas y los tributos para contar estas cosas.

Cuando cuenta algo relacionado con el dinero lo hace con más precisión que los demás evangelistas. En el mandato apostólico primero Lucas dice "no llevéis dinero para el camino"; mientras que Mateo detalla "guardaos de tomar oro, ni plata, ni cobre". Precisa que en tributo al Cesar Jesús pidió "un denario", mientras que los demás evangelistas dicen simplemente una moneda. En diez pasajes precisa las monedas distinguiendo entre "didracma, as o cuadrante". Mateo tiene una formación que le permite calibrar el valor de lo que deja con conocimiento de causa.

Mateo no pretende hacer una biografía cronológica aunque narra muchas cosas sobre la vida del Señor, especialmente su nacimiento y su Pasión, donde se recrea en señalar el cumplimiento de las Escrituras. Por eso agrupa las cuestiones según el orden lógico que le parece más oportuno. Es notoria la agrupación de cinco discursos de Jesús que quizá fueron dichos en más de cinco ocasiones. Estos son: el de la montaña (caps 5-7); el de la misión (cap. 10); el de las parábolas (cap. 13); el "eclesiástico" (cap. 18); y el escatológico (caps. 24-25). Hay otros de menor

extensión, como el de las invectivas a los fariseos y escribas (23,13-26) y los de las controversias con los fariseos (12,25-45).

Dentro de este esquema narrativo a nosotros nos interesa conocer al hombre, y algo puede servir un detalle de estilo que suele pasar inadvertido. Mateo recoge muchas frases breves y luminosas del Señor dichas en muy diferentes ocasiones. Vamos a recoger algunas como muestras de la atención y la sorpresa del discípulo.

Un buen comienzo puede ser el inicio de la predicación del Señor predicando: "Haced penitencia, porque está al llegar el Reino de los cielos" (4,17). Las bienaventuranzas son un compendio de la llamada a la perfección en un mundo difícil que puede resumirse en la afirmación "vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo" (5,13.14). Y ante la sorpresa de los oyentes, confirma "en verdad os digo que mientras no pasen el cielo y la tierra no pasará de la Ley ni la más pequeña letra o trazo hasta que todo se cumpla"(5,18). Pero antes debía superar las interpretaciones deformadas o insuficientes de ella pues "si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el Reino de los cielos" (5,20). Este es el primer obstáculo después del pecado para entender la Buena Nueva.

Las frases cortas, fáciles de aprender, se amontonarán, unidas a enseñanzas más largas, constituyendo como el resumen pedagógico de la doctrina de Jesús. Veamos algunas. Para animar a superar la avaricia les dirá; "Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón" (6,21). Y para vivir felices y desasidos de las preocupaciones impropias de un hijo de Dios les anima a confiar en la Providencia diciendo: "Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura" (6,33), pues "a cada día le basta su contrariedad" (6,34).

Para no ser engañados por los falsos profetas les da un criterio seguro: "por sus frutos les conoceréis" (7,16.20; 12,33). Luego, compadeciéndose del pueblo, recuerda la necesidad de muchos obreros que cultiven las almas: "la mies es mucha, pero los obreros pocos" (9,37). Y previniéndoles sobre las dificultades en el apostolado avisa que les envía como "ovejas en medio de lobos"(10,16). Por lo que deben aprender de algunos animales especialmente sagaces "cautos como serpientes y sencillos como palomas" (10,16). Y todo esto sin ceder al miedo "al que puede matar el cuerpo, pero no puede matar el alma"(10,28). Asimismo les recuerda su dignidad en apostolado pues "quien a vosotros recibe, a mí me recibe" (10,40).

Un buen resumen de la vida del cristiano lo indica Jesús poniéndose como ejemplo: "tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas; porque mi yugo es suave y mi carga ligera" (11,28).

No faltan las palabras fuertes en los discursos del Señor como cuando llama "raza de víboras" a los fariseos (12,34). En cambio llena de elogios a los buenos equiparándoles a su familiares: "he aquí a mi madre y mis hermanos. Pues todo el que haga la voluntad de mi padre que está en los Cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre" (12,50).

Pero no cede ante los falsos maestros y enseña la bondad interior pues "lo que entra por la boca no hace impuro al hombre, sino lo que sale de la boca; eso sí hace impuro al hombre" (15,11).

Deben evitar los malos consejos farisaicos pues "si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán al hoyo" (15,14; 23,19.24).

Mateo es el único que cita con detalle el episodio en que Pedro es nombrado primado de la nueva Iglesia, pero la frase que le queda al evangelista es la de "las llaves del Reino" y la de "atar y desatar" (16,19.20).

No es posible olvidar el aviso de Jesús a los suyos cuando ya están algo preparados: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (16,24), lo que dicho de otro modo es "¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?" (16,26). Y el camino óptimo para conseguir salvar el alma es "si os hacéis como los niños" (18,3), "porque de éstos es el Reino de los cielos" (19,13).

La necesidad de luchar con esfuerzo por la salvación queda compaginada con la llamada universal a la santidad al decir: "muchos son los llamados pero pocos los elegidos" (22,14). Aunque deja bien clara la necesidad de luchar "el que persevere hasta el fin, ése se salvará"(24,14).

La respuesta a los que buscaban perderle con preguntas aparentemente sin solución quedan resueltas con respuestas como "Dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios"(22,21) o "en la resurrección ni los hombres tomarán mujer, ni las mujeres marido, sino que serán como ángeles" (22,30).

Las paradojas de la vida cristiana quedan condensadas en la expresión "el que se ensalce a sí mismo será humillado, y el que se humille a sí mismo será ensalzado" (23,12). La seguridad de Jesús queda consagrada en la expresión: "el cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán" (24,35). aunque deben "vigilar porque no sabéis el día ni la hora" (25,13). Y es clásica la recompensa del hombre generoso "al que tenga se le dará y abundará; pero a quien no tiene, aún lo que tiene se le quitará" (25,29).

Pero la expresión que deja una impronta más duradera en el alma de Mateo es: "Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñandoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo" (28,19-20), pues murió predicando la palabra de Jesús.

Este modo sintético y sentencioso de Mateo lleva a pensar en una memoria bien cuidada o en anotaciones que luego son ilustradas por las imágenes y parábolas más fáciles de retener en el recuerdo.

El himno litúrgico que le honra en el Breviario es el siguiente:

La gloria espléndida te ciñe, oh Leví, a la vez que glorifica al Dios de la misericordia, infunde en nosotros la esperanza del perdón.

Oh Mateo, ¡qué riquezas tan grandes te prepara el Señor, que te llamó cuando estabas sentado en el telonio, apegado a las monedas.

A impulsos de tu amor ardiente, te apresuras a recibir al Maestro que con su palabra te destina para los primeros puestos del Cielo.

Al recoger las palabras y los hechos de Jesús, el Hijo de David, dejas para el mundo alimento celestial, en tu Evangelio de oro.

Tomás llamado el gemelo

Es un apóstol especialmente simpático. Algún autor al hablar de él lo muestra como melancólico, pero los pocos datos que nos brindan los evangelios más bien nos revelan una personalidad muy humana y llena de franqueza. Tanto sus aciertos como sus debilidades manifiestan a un hombre claro y sencillo, algo rudo, pero recto y noble. No se advierten en Tomás los matices de algunos intelectuales excesivamente atentos a los matices, va directo al meollo de la cuestión cueste lo que cueste. Esto es muy claro cuando anima a los demás a ir a morir con Jesús. No es la reacción de un cobarde la suya. Igualmente cuando pregunta por el camino para seguir al Señor se advierte que lo hace con sinceridad y no como una vaga inquietud intelectual. Sus mismos errores -la famosa incredulidad- nos revela un hombre que sufre en su oscuridad, pero que no se separa de sus amigos. Incluso el hecho de su tardanza en volver con los suyos muestra el dolor del que está dispuesto a morir por aquel a quien quiere, pero que, de hecho, fue cobarde y huyó. No se sabe perdonar a sí mismo y el dolor le impide la vuelta. Todos estos rasgos, brevemente esbozados, nos revelan a un hombre de bien, aunque tuviera defectos.

Su nombre es simpático. Tomás significa en arameo "mellizo" o "gemelo", y se le llamaba también con la traducción griega del mismo "Dídimo". Era bastante frecuente utilizar un doble nombre, más aún cuando así puede moverse en ámbitos lingüísticos distintos. Parece que el nombre no era conocido en la antigüedad, lo que nos lleva a pensar que le quedó el apodo después de un nacimiento gemelar. Siempre ha resultado simpático el hecho de contemplar dos personas casi iguales, más aún si son niños. Los hechos son que este apóstol aporta un nombre nuevo ampliamente usado hoy día.

Sus silencios tienen algo de agradable, pues no habla cuando no tiene nada que decir, pero cuando habla sus palabras son de una intensidad que no puede dejar indiferente a nadie. Los pocos datos que tenemos nos dejan ver a un hombre duro y fuerte, sencillo y franco, fiel, que hasta en sus errores deja entrever su nobleza.

Valiente

Cuando Jesús es avisado por Marta y María de que Lázaro estaba enfermo y decide ir a Jerusalén, Tomás dice unas palabras que le salen del alma: "Vayamos también nosotros y muramos con él". Para comprender en toda su verdad estas palabras del valiente Tomás conviene que conozcamos el ambiente en el que fueron dichas.

No es fácil precisar la fecha de la resurrección de Lázaro, pero se dio entre la fiesta de la luz y la pascua. La tensión entre los representantes judíos y Jesús iba creciendo de día en día. Cuando curó al ciego de nacimiento después de un interrogatorio ridículo y lleno de mala voluntad, le

expulsaron de la sinagoga, porque afirmaba que Jesús obraba con el poder de Dios. Más adelante, tras su manifestación como buen Pastor, "se produjo de nuevo disensión entre los judíos a causa de estas palabras. Muchos de ellos decían: Está endemoniado y loco, ¿por qué le escucháis? Otros decían: Estas palabras no son de quien está endemoniado. ¿Acaso puede un demonio abrir los ojos a los ciegos?".

Pero la confrontación llega a un extremo insoportable cuando después de decir Jesús que el Padre y Él eran uno, "los judíos cogieron de nuevo piedras para lapidarlo", e "intentaban prenderlo otra vez, pero se escapó de sus manos. Y se fue de nuevo al otro lado del Jordán". Allí estaba cuando se decide a acudir a Betania que estaba a tres kilómetros de Jerusalén. De hecho después de la resurrección de Lázaro muchos creyeron en Él, pero en cambio sus enemigos enconan la persecución, "algunos de ellos fueron a los fariseos y les contaron lo que Jesús había hecho. Entonces los Pontífices y los fariseos convocaron el Sanedrín y decían: ¿Qué hacemos, puesto que este hombre realiza muchos milagros? Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar y nuestra nación". Y deciden oficialmente matarle. "entonces Jesús ya no andaba en público entre los judíos, sino que se marchó de allí a una región cercana al desierto, a la ciudad llamada Efraín, donde se quedó con sus discípulos".

Este es el contexto en el que Tomás anima a sus compañeros a no abandonar al Maestro y seguirle hasta la muerte. Quizá no entendía muy bien la estrategia del Señor, y no podía calibrar la espera de la Pascua por parte de Jesús en la cual se realizaría el sacrificio perfecto del Cordero Pascual, pero era consciente del peligro que rodeaba al Señor, y no lo veía todo. A pesar de todo está dispuesto a luchar por defenderle, y ni pasa por su mente abandonarle en aquellos momentos tan distintos de los que vivió dos años antes cuando se decidió a seguir al Maestro sabio que hacía milagros.

Muchas cosas habían pasado en aquellos casi tres años. No nos queda ni una palabra de Tomás, pero su desarrollo interior debió ser muy similar al de los demás, si exceptuamos a Judas Iscariote: crecer en la fe, en la esperanza y en la caridad. Tomás exterioriza ese cambio con un ademán valiente y decidido.

Dadas las circunstancias, la exclamación de Tomás animando a los demás a seguir a Jesús aunque estén en peligro de muerte no es una exageración, sino algo muy real. Al mismo tiempo debió ser algo que surge de una meditación lenta como dice Aristóteles: "conviene reflexionar con lentitud lo que ha de hacerse, pero una vez pensado, realizarlo rápidamente". A lo que comenta Santo Tomás: "La acción pronta es recomendable después del consejo, que es el acto propio de la razón. Pero el querer obrar rápidamente antes del mismo no sería laudable, sino vicioso, porque sería precipitar la acción, lo cual es opuesto a la prudencia. La audacia es digna de alabanza cuando, ordenada por la razón, favorece la celeridad de la obra". Tomás no es un valiente temerario, sino un valiente que ha reflexionado a fondo los hechos y supera el temor incluso ante la muerte.

Es cierto que se puede distinguir teóricamente entre la valentía humana y la sobrenatural. Pero en la práctica son actos del hombre valiosos y dignos de premio. La gracia empujó a Tomás a manifestar su lealtad hasta la muerte, pero podía haber desoído este impulso generoso. El motivo que le mueve es el amor a Jesús, "amor al que no intimidan las adversidades ni la muerte". Pero

ese amor debe haberse instalado en el alma como una virtud, no sólo como un vago sentimiento, es decir como amor fuerte "que no se deja espantar fácilmente por el temor de la muerte".

También fue la fe la que movió a Tomás, pero aquí podemos añadir que se trata de una fe todavía imperfecta y demasiado humana. Basta observar dos cosas: la Virgen Santísima no hace esas declaraciones y es fiel a la hora de la Cruz porque sabe que la muerte de Cristo es un Sacrificio; en cambio Tomás huyó cuando ve que Jesús no quiere defenderse, lo que indica que no le entendía aún lo suficiente. Buena fue la valentía, pero al tener una fe poco sobrenatural, falló ante el peligro que hubiera asumido con arrojo si se hubiese tratado de una batalla, aunque fuese con todas las de perder.

Muéstranos el camino

Tras la bajada a Betania y Jerusalén, los hechos parecen desarrollarse de manera menos dramática de la prevista por Tomás. Jesús, en Betania, resucita a Lázaro tras cuatro días de estar enterrado, en presencia de numerosos judíos venidos de Jerusalén para consolar a Marta y María. Muchos de ellos creyeron en El. Al poco tiempo acuden al convite de un fariseo -Simón el leproso- una persona importante, y allí el ambiente es cálido, amistoso hasta extremos muy íntimos.

Tras la estancia en Efraím -lugar situado fuera de Judea, en Samaria- Jesús sube con presteza a Jerusalén. Allí le recibirá una multitud con júbilo, palmas de olivo y exclamaciones mesiánicas.

Los fariseos apuntan tímidas críticas, pero no parece que vayan a detenerle o apedrearle como le habían amenazado varias veces. Es posible que Tomás se calmase un poco, aunque no abandonase la actitud vigilante para defender al Maestro. Las cosas iban por cauces insospechados para él.

En la Última Cena se da una importante intervención de Tomás. Se produce cuando Jesús ve preocupados a los suyos y les dice: "No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas, si no, os lo hubiera dicho, porque voy a prepararos un lugar; y cuando haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré, y os llevaré junto a mí para que donde yo estoy, estéis también vosotros, a donde yo voy, sabéis el camino".

Entonces Tomás interviene con ímpetu: "Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?". Una vez más se manifiesta el poco entendimiento que los apóstoles tienen de Jesús, manifestado con sencillez por Tomás. Jesús dice que ya están suficientemente formados, y ya saben el camino. Pero Tomás, y los demás con él, manifiestan que no lo saben y no entienden. Además algo le duele en lo más íntimo, pues Jesús ha dicho que va a marcharse, les va a dejar, aunque vuelva con muy buenos dones. Tomás no quiere separarse del Maestro que ha transformado su vida de un manera tan radical. Le ama de veras, aunque no le comprenda en toda su plenitud. En la misma Cena. Algo antes había dicho el Señor a todos: "a donde yo voy, vosotros no podéis venir"; e insiste a Pedro: "a donde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, me seguirás más tarde" . Y ante la queja fiel de Pedro El Señor le muestra proféticamente su futura infidelidad aquella misma noche "antes de que el gallo cante".

Tomás había seguido a Jesús dejando todo. Seguir el Camino que Jesús le marque ha sido su vida en los últimos tiempos. Ese camino se ha ido concretando poco a poco. Unas veces el camino es aprender la verdad presentada a la inteligencia, Tomás aprende y camina. Otras veces es aprender la práctica de esa verdad, vencer el orgullo, perdonar, ser fuerte, leal, sincero, humilde, etc. Tomás aprende y camina imitando a Jesús lo mejor que puede. Pero ahora el mismo Jesús les dice que va a un lugar donde ellos no pueden seguirle. Y una buena rebeldía apunta en el corazón de Tomás hasta que la manifiesta externamente: "di donde hay que ir e iré"; "manda lo que sea y lo haré"; "muéstrame el camino y marcharé por él", "pero no me ocultes la senda, no desconfíes de mí", "estoy dispuesto a todo".

Mucho debieron agrandar al Señor las palabras de Tomás y su generosidad; pero una cosa es querer y otra poder; y a su debido tiempo quedará claro que donde iba Jesús no podía ir entonces ni Tomás, ni Pedro, ni Juan, pues Jesús iba a consumir el Sacrificio perfecto del Hombre-Dios. El Señor va a vivir el máximo amor a Dios, va a librar una batalla tremenda contra Satanás y los ángeles caídos, va a luchar contra toda la fuerza del pecado y del infierno, luchará y vencerá a la misma muerte, que es el salario del pecado. La batalla era demasiado fuerte para cualquier otro que no fuese Él. Y Jesús lo sabe. Más adelante, los apóstoles, fortalecidos por la gracia que les va a conseguir en la Cruz, podrán ser mártires; pero ahora no. La huída de todos cuando prendan a Cristo hará patente su debilidad y su fe incompleta.

La contestación de Jesús va más allá de la pregunta de Tomás. No elude la respuesta, pero dice mucho más. "Le respondió Jesús: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre sino por mí. Si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre". Mucho se ha meditado estas palabras de Cristo. Cuando nos dice que él es el Camino nos indica su Humanidad unida personalmente al Verbo de Dios. Al decir Verdad y Vida nos muestra dos atributos divinos de su divinidad que se manifestarán a través del alma y el cuerpo del Señor unidos en la Persona divina.

Jesús no le cuenta a Tomás los detalles del Viernes Santo hasta el Domingo de Resurrección, pero le dice mucho más al mostrarle que el Camino hacia la divinidad y la salvación es su Humanidad perfecta. "Jesús es el camino hacia el Padre: por su doctrina, pues observando su doctrina llegaremos al cielo; por la fe que suscita, porque vino a este mundo para que "todo el que cree en él tenga vida eterna" (Jn 3,15); por su ejemplo, ya que nadie puede ir al Padre sino imitando al Hijo; por sus méritos, con los que nos posibilita la entrada en la Patria celestial; y sobre todo es el Camino porque Él revela al Padre con quien es uno por su naturaleza divina".

Muchas son las cosas que se han dicho y escrito sobre estas palabras de Jesucristo, bástenos recoger unas de San Agustín: "Con su respuesta Jesús está como diciendo: ¿Por dónde quieres ir? Yo soy el Camino. ¿A dónde quieres ir? Yo soy la Verdad. ¿Dónde quieres permanecer? Yo soy la Vida. Todo hombre alcanza a comprender la Verdad y la Vida; pero no todos encuentran el Camino. Los sabios del mundo comprenden que Dios es Verdad y Vida cognoscible; pero el Verbo de Dios, que es Verdad y Vida junto al Padre, se ha hecho Camino asumiendo la naturaleza humana. Camina contemplando su humildad y llegarás hasta Dios"

Jesús comprende a Tomás y en su respuesta le pide fe y paciencia. Pero una cosa queda clara en la pregunta de Tomás: su fe es insuficiente.

Tomás cree en Jesús, pero junto a su fe se dan esquemas humanos no superados que enturbian la claridad de la verdad enseñada por Cristo. Su visión humana de las cosas es como una niebla o calima que impide ver con nitidez el horizonte y las realidades más lejanas. El aspecto humano que debe superar Tomás es el de la grandeza de Dios y del Mesías. Jesús va a manifestar el amor divino a través de una humildad que es anonadamiento. "El cual teniendo la forma de Dios, no consideró botín el ser igual a Dios. Por el contrario, se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz".

La fe de los apóstoles deberá asimilar a un Dios aparentemente vencido. Deberán creer que Jesús es vencedor cuando le clavan a un madero, cuando le escupen y le azotan, y, por fin, cuando muere. Y eso no es fácil. María pudo seguir ese Camino marcado por Jesús, pero ellos necesitan destruir todavía muchas cosas viejas para comprender con luz divina y meridiana los planes sabios y amorosos de Dios.

El último en volver

Cuando en la cruel noche del Jueves Santo prendieron a Jesús todos los discípulos huyeron. Tomás también. Un gran miedo les sorprendió a todos. Desconocían la fuerza del combate que iba a librarse, y se asustan.

No sabían los apóstoles hasta qué punto su valentía dependía de Jesús; por eso, al ver que se entrega inerte a la chusma guiada por Judas Iscariote, parece que se les van las fuerzas que aún poseían. Un miedo enorme ciega sus mentes y les lleva a la huída abandonando al Maestro, a pesar de sus reiteradas manifestaciones de fidelidad.

Pedro y Juan reaccionan en seguida y buscan no saben qué, quizá librar a Jesús de sus captores. Pero Pedro niega enseguida al Maestro con juramentos, y Juan se retira con más prudencia buscando a la Madre, y conserva así fuerzas para estar en el Calvario unas horas más tarde junto a la Cruz donde Cristo muere y nos da la Vida.

Los demás volvieron poco a poco. No tenemos datos, pero podemos imaginar a algunos volviendo al Cenáculo el mismo Viernes Santo por la tarde, otros el Sábado. De modo que el Domingo todos están allí menos Tomás y Judas Iscariote, que se ahorcó.

¿Por qué no estaba Tomás allí el Domingo de resurrección? Un dato puede ayudar a comprender el hundimiento de Dídimo cuando ante la insistencia de los demás anunciándole que Jesús ha resucitado dice: "Si no veo la señal de los clavos en sus manos, y no meto mi dedo en esa señal de los clavos y mi mano en su costado, no creeré". Luego él vio a Jesús muerto. Este dato es importante para comprender a Tomás.

Cuando todos huyen, Tomás sufre un gran desconcierto, pero reacciona a su modo, quizá muy similar al de Pedro y gira en torno a los lugares donde estaba el Señor. Nada puede hacer para librar al Maestro, quizá sólo gritar ante el pretorio de Pilato. Luego ve a Jesús llevando la Cruz y

la enfurecida multitud que le insulta. Cada paso en la Pasión en un golpe que desmonta sus esquemas mentales y humanos. Debió buscar seguir a Jesús y se acerca al lugar de la crucifixión donde muchos insultan y se mofan de Cristo. Por fin, cuando todos huyen al desaparecer el sol y temblar la tierra en la muerte de Jesús, quizá observó, sin atreverse a acercarse -estaba avergonzado de su falta de valentía- el descendimiento del Cuerpo del Señor realizado por José de Arimatea, Nicodemo y Juan. Entonces vió los agujeros de los clavos y de la lanza en el cuerpo de Jesucristo y se desmoronó la fe y la valentía que le quedaban, por eso no se atrevió a volver con los suyos.

Su valentía unos días antes al animar a todos a ir con Jesús aunque sea hasta la muerte fuera sincera, pero con un algo de orgullo y presunción. Por una parte vemos que sólo María Santísima tiene la fe suficiente para creer que Jesús morirá y resucitará en un Sacrificio de valor infinito, pero sorprendente. Ellos decían que sí a Jesús cuando les anunciaba una y otra vez lo que iba a suceder, pero no se lo acababan de creer. Es muy humano que pensasen que cuando las cosas se pudiesen muy mal, Jesús haría un acto maravilloso y manifestaría el poder de Dios tan claro en los milagros. Por otra parte no parece fácil aceptar que el Padre quiera que el Hijo padezca con tanto dolor. Y, sobre todo, debían aceptar la humildad de Dios. La salvación era la superación del pecado y del diablo con sus mismas armas. Tanto el pecado de Satanás como el de Adán y Eva tiene su raíz en el orgullo y la soberbia en diversos grados de lucidez. Dios va a vencer con una humildad llena de lucidez también, pero humillada. Y los modos como se manifestó eran difíciles de aceptar para unos hombres todavía muy humanos y con poca fe.

Tomás había confiado mucho en sus fuerzas y en su amor en el Maestro, pero le falló cuando la fe no fue suficiente. Sus declaraciones le traicionan y el que más pretendió más se hundió. Quiso ser el más valiente y se siente más humillado, por eso no se atreve a volver con los demás. Estaba destrozado, roto, con poca fe, si es que le queda alguna, y, sobre todo, estaba humillado. ¿Cómo volvió? Quizá de su propio pie, pero más probablemente volvió al ser buscado por sus amigos cuando vieron a Cristo Resucitado. Ellos ya estaban algo recuperados, aunque algo de temor permanecía en sus almas. Comprendían bien el hundimiento del amigo, porque le conocían bien. Todos sabían la valentía de Tomás, y los ánimos que les dio en el momento adecuado. Pero sabían también que un hombre tan reflexivo y valiente, si se hunde, sufrirá una caída más honda que los otros. Le buscaron, y Tomás accedió a ir con ellos, porque la amistad era un lazo fortísimo que ninguno podía ni quería rechazar.

Incrédulo Tomás

Tomás no estaba con los demás en el Cenáculo el Domingo de Resurrección por la tarde. Parece probable que los diez apóstoles, o alguno de ellos, buscase al desanimado Tomás para que volviese al redil. Habían escuchado directamente del Maestro la alegoría del Buen Pastor, y podían unir la solicitud por la búsqueda del hermano perdido con el encuentro deseado con el amigo que sufre. Por fin le encuentran, y Tomás, que está destrozado, accede a volver con los suyos.

La amistad siempre ha sido el principal instrumento apostólico, pero ahora no se trata de convertir, sino de demostrar un cariño que no retrocede cuando alguien lo está pasando mal. Y Tomás lo estaba pasando muy mal.

La alegría de los Diez, y la de las mujeres, unida a la serenidad gozosa de María Santísima -la que nunca dudó- contrastarían con el aspecto taciturno y dolorido de Tomás. Mirando en su interior es posible ver un desfallecimiento de la fe, pero también un orgullo herido -demasiado herido- que en su rigidez no sabe salir de su tristeza y rectificar. Por así decirlo, Tomás no se perdona a sí mismo el haber sido cobarde y casi traidor, pues así se considera él a sí mismo. Y, como suele ocurrir, la tristeza formaría como un velo en su mente que le impide ver con claridad lo que ocurre a su alrededor.

Los demás discípulos, apóstoles o no, le anuncian el gozo de la resurrección con una cierta exaltación: "¡Hemos visto al Señor!". Es comprensible que uniesen toda clase de datos unidos a sus impresiones. Las conversaciones se superpondrían unas a otras. No podía darse allí un hablar pausado, pues la emoción era intensa. Pero Tomás permanece aferrado a su tristeza y les responde: "Si no veo la señal de los clavos en sus manos, y no meto mi dedo en la señal de los clavos y mi mano en su costado, no creeré".

Se ha visto muchas veces en estas palabras de Tomás una actitud racionalista o cientifista, pero no parece que fuera ese el estado interior del apóstol. Pensemos despacio sobre ello. No se trata de negar la divinidad de Jesús, ni siquiera su humanidad. El dilema de Tomás podía ser: si Cristo ha resucitado, y no se me aparece a mí, es que no me quiere. Prefiero creer que no ha resucitado. El tema es ver los agujeros bien ciertos en el cuerpo muerto de Jesús. Se trata de comprobar que están esos agujeros indudables en el ese cuerpo vivo que dicen haber visto. Parece exigir una prueba, pero en realidad más bien se percibe en Tomás un alma dolorida que se aferra a una resistencia algo extraña. Es como no querer ser engañado por imaginaciones crédulas, pero también es una justificación de su poca fe cuando abandonó al Maestro. Su reacción es como la pataleta de un niño enfadado. ¿Acaso sus amigos le han engañado alguna vez? Además todos están de acuerdo en lo mismo, y acaban de llegar los de Emaús con datos que confirman lo que dicen los de otros.

Sí, pero él no lo ha visto. Es muy posible que su resistencia a creer a sus amigos se deba más al orgullo herido que al racionalismo. Piensa en su interior que él ha sido peor que los demás, porque prometió mucho y no realizó nada. Se creía tan valiente que su cobardía se convierte en una herida difícil de cerrar. Se consideraba fiel y amador del Maestro, pero falló. Y se aferra a los sentidos, como no queriendo engañarse de nuevo. No quiere que su capacidad de entusiasmo se desborde de nuevo y vuelva a caer tan bajo como está ahora. La duda de Tomás es fruto más de orgullo herido que de incredulidad. Más que un positivista, Tomás es un valiente derrotado, que no sabe perder.

Pero su hundimiento será ocasión de su mayor victoria. Aquella incredulidad manifiesta las cosas mal construidas en torno a su fe. Parecía que tenía mucha fe cuando asentía al anuncio de Jesús sobre su muerte y su resurrección, pero no se lo acababa de creer, porque le parecía demasiado. Y esa fe incompleta se derrumbó. Tomás quedó en el vacío y en la oscuridad. En aquellos momentos está pasando el apóstol una negra noche del alma, como diría San Juan de la Cruz. Este vacío permitirá poder construir una fe más verdadera y sobrenatural. Una vez más, Dios escribirá derecho con renglones torcidos.

Señor mío y Dios mío

Tomás permaneció con los demás discípulos toda la semana. Mientras las noticias sobre apariciones de Jesús resucitado se iban sucediendo, todos se recuperaban del fuerte dolor experimentado en la Pasión. Una fe más honda y una esperanza nueva crecen en ellos. Ahora ya entendían el sentido de la muerte de Jesús, también comprendían el Camino seguido por el Maestro, pero, sobre todo, experimentaban el gozo de la victoria de Cristo sobre la muerte, sobre el pecado y sobre el diablo. Todos gozaban, menos Tomás que no acababa de dar su brazo a torcer y no creía.

No creía, pero no les abandonaba. Esta permanencia de Tomás con los demás es hermosa, pues es como decir: "cómo me gustaría creer como vosotros, pero no puede ser cierto, yo he visto el cuerpo muerto y bien muerto". Los lazos del cariño le retenían, por otra parte experimenta aquello que tan magistralmente manifestó Pedro: ¿Adónde ir si sólo allí encontraba palabras de vida eterna?

El domingo siguiente ocurrió lo siguiente: "estaban de nuevo dentro los discípulos y Tomás con ellos. Estando cerradas las puertas, vino Jesús, se presentó en medio y dijo: La paz sea con vosotros" . Tomás debió sentir que todo se agitaba en su interior: ¿era verdad lo que le habían dicho los suyos! Y un nuevo dolor se sumó a los anteriores que rompían su alma: "no he sido capaz de creer a mis hermanos", "he fallado una vez más"; pero ahora la alegría de ver de nuevo a "su" Jesús disipa el desaliento y la luz divina llega muy dentro, porque muy hondo era el dolor y la oscuridad que le apretaban por dentro.

Entonces Jesús se dirigió al apóstol personalmente: "Después dijo a Tomás: trae aquí tu dedo y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino creyente". "Luego Jesús conoce mis dudas y mis angustias en estos días" piensa Tomás. "¿Por qué las ha permitido? El sabe más, pero quizá sea para que vea más hondo en aquello que mi terca visión humana me impedía comprender". Y llega la luz a la mente antes en penumbras: "Jesús no sólo es el Maestro bueno, o sólo el Mesías, ¡es verdaderamente Dios!" y tocando las llagas dijo: "¡Señor mío y Dios mío!".

El acto de fe es el más extraordinario y explícito de todos los evangelios. Pedro había declarado que Jesús era el Hijo de Dios vivo, pero ahora Tomás tocando un cuerpo declara que Jesús es Dios. No se puede expresar de modo más claro la divinidad del Maestro. Una vez más, de los males Dios saca bienes, y de los grandes males grandes bienes. Si la incredulidad de Tomás fue grande, mayor fue su acto de fe.

Su dificultad para creer será siempre un aliento para las dudas de los cristianos, y certeza para los que no creen. "¿Es que pensáis -comenta San Gregorio Magno- que aconteció por pura casualidad que estuviera ausente entonces aquel discípulo elegido, que al volver oyese relatar las apariciones, y que al oír dudase, dudando palpase y palpando creyese? No fue por casualidad, sino por disposición de Dios. La divina clemencia actuó de modo admirable para que tocando el discípulo dubitativo las heridas de la carne de su Maestro, sanara en nosotros las heridas de la incredulidad (...). Así el discípulo, dudando y palpando, se convirtió en testigo de la verdadera resurrección".

Los artistas han representado a Tomás con la vista baja y la cabeza agachada ante el Señor haciendo el gesto de tocar la llaga de su costado. Lo hacen así para destacar la humildad del que ha sido terco y testarudo para creer. Pero también podemos representarlo mirando al Señor con los ojos muy abiertos, llorosos quizá, pero llenos de alegría, "¡Ya no importan las penas y las cobardías! El vive, es más, El es la vida, y poco importan mis dudas ante la certeza del gozo divino".

Dios permitió las dudas de Tomás para dar un signo a los que viniesen detrás. Algunos no creen, aunque vean. Los casos son muchos en las Escrituras. Basta pensar en los testigos de milagros. Otros creen sin ver nada. Tomás es como la ayuda sensible para los que piden algunas pruebas de que el cuerpo del Resucitado es real, aunque glorioso, tangible. Tomás tocó a Cristo como Hombre y creyó en Jesús como Dios.

Un leve reproche de Jesús a Tomás es un aliento para nuestra fe cuando experimente alguna oscuridad: "Porque me has visto has creído; bienaventurados los que sin haber visto han creído". San Gregorio Magno comenta así estas palabras: "Nos alegra mucho lo que sigue: "Bienaventurados los que sin haber visto han creído". Sentencia en la que, sin duda, estamos señalados nosotros, que confesamos con el alma al que no hemos visto en la carne. Se alude a nosotros, con tal que vivamos conforme a la fe, porque sólo cree de verdad el que practica lo que cree.

Es posible ver en las palabras de Tomás, junto al acto de fe, un acto de contrición, dolor de amor, por no haber sabido estar a la altura de la circunstancias. Pero la paz inundó el alma de Tomás. Ahora pudo comprobar cómo la fe está unida a la caridad. Y junto a la luz de la honda fe que experimentaba, comprobó la dulzura de la caridad divina que le perdonaba y le introducía en la vida nueva ganada por Jesucristo. Tomás era ya un hombre nuevo.

La pesca de los cinco cincuenta y tres peces grandes

A los pocos días de su reconversión observamos a Tomás junto al lago de Galilea. Es un hombre nuevo, creyente firme, alma reconciliada, agradecido pleno, valiente vencedor que está con los suyos en el lugar de su primera vocación. Todo lo externo es lo mismo, pero, ¡es todo tan distinto! Han cambiado sus ojos. Y un gozo no disimulado le llevaría a contemplar las barcas y las redes que en su día dejó, quizá con esfuerzo. ¡Qué poca cosa es lo que se le pidió para lo mucho que ha recibido!

"Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimos, Natanael, que era de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos". Es muy posible que su subida a Galilea se debiese al mandato de Jesús de avisar a muchos de los creyentes para que se dirigiesen a Jerusalén. Al cabo de cuarenta días de la resurrección se reunieron en la Ciudad Santa más de quinientos hermanos, muchos de ellos serían avisados por los apóstoles que se distribuyen el trabajo de reunir a los más fieles.

Mientras cumplen esta tarea se detienen junto al lago y Pedro exclama: "Voy a pescar". Los demás se debieron sorprender un tanto de la propuesta, ¡llevaban tanto tiempo sin subir a realizar

su trabajo anterior!, pero no les pareció mal la proposición y responden: "Vamos también nosotros contigo. Salieron, pues, y subieron a la barca".

Es fácil imaginar la felicidad de aquellos hombres con la iniciativa de Pedro. Toman la barca, comprueban todos los instrumentos de navegar y su buen estado de uso. Las redes, los remos, la vela, los aparejos, el ancla, los cabos y demás enseres. Todo estaba a punto. Suben a ella como recordando viejos tiempos. ¡Parecían tan lejanos!. Reman hacia el lugar que les parece más propicio para la buena pesca, tiran las redes, reman en círculo, recogen la red y, entonces, comprueban con sorpresa que no han pescado nada. ¿Será posible que en tan poco tiempo hayan perdido tanto el oficio? Pero no hay que desanimarse. Vuelven a realizar las mismas operaciones, y de nuevo nada. Buscan otro lugar. Intentan no olvidar su antigua destreza y ninguna pesca entra en sus redes. Así fueron pasando las horas, "pero aquella noche no pescaron nada".

La sorpresa debió hacer presa en los corazones de aquellos antiguos pescadores de peces. No entienden nada. Entonces se produce una nueva aparición de Jesús llena de enseñanzas: "Llegada ya la mañana, se presentó Jesús en la orilla; pero sus discípulos no sabían que era Jesús" . El lugar se llama Tabigha y en él se encuentran varias fuentes y árboles altos aún hoy día de un modo casi igual a como estarían en tiempos del Señor. El sol de la mañana sale de modo que da en la espalda al que se encuentra en la orilla y de cara a los pescadores que estaban como a unos ochenta metros de distancia. ¿Fue ése el motivo de no reconocer al Señor o fue que prefirió adoptar un aspecto distinto para no ser conocido? Lo cierto es que no le conocen por el aspecto físico.

El desconocido les dirige una petición lógica y normal: "Muchachos, ¿tenéis algo de comer? Le contestaron: No". Entonces sucede algo sorprendente. El extraño desconocido les da un consejo, casi un mandato, que podía haber provocado enojo o, simplemente, desprecio: "Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis". Y contra toda lógica, pues era de día ya, y todos los esfuerzos en las horas mejores habían resultado estériles, "la echaron". Entonces la red se llenó "y ya no podían sacarla por la gran cantidad de peces" . Jesús pide para dar. Una vez más utiliza el modo más sabio para dar y para enseñar. En Caná pidió que llenasen las tinajas de agua y la convirtió en vino. Las llenaron hasta arriba, pero si las hubiesen llenado hasta la mitad el milagro hubiese sido menos abundante. Para multiplicar los panes les pidió los que tenían, y comieron muchos hasta hartarse y sobró gran cantidad de pan. Pidió a los apóstoles algo de generosidad, el uno de su vida, y les dio el ciento por uno -la felicidad en esta tierra- y la vida eterna. Dios no se deja ganar en generosidad, solía repetir el Beato Josemaría con gran acierto. ¿No podía Dios dar sin más, y sin necesidad de pedir? Sí, pero entonces los hombres no desarrollarían su generosidad, y no tendrían el regalo de poder colaborar, aunque sea poco, en la abundancia de los dones de Dios.

Ahora les pide fe en su palabra, aunque parezca algo poco lógico, y de repente... viene la abundancia en la pesca. Las reacciones de los apóstoles fueron variadas. Juan reconoce al Señor. Pedro se lanza nadando al agua para ganar la orilla cuanto antes. Tomás y los demás llevan la barca al puerto cercano arrastrando la red que no se rompía. A pesar de la pesca abundante Todos coinciden en darse cuenta de que se trata de una pesca milagrosa similar a aquella primera que decidió la vocación de algunos de ellos.

Fijémonos en los detalles: "El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis. La echaron, y ya no podían sacarla por la gran cantidad de peces", en concreto "ciento y cincuenta y tres peces grandes. Y aunque eran tantos no se rompió la red" . El hecho de echar la red a la derecha tiene San Agustín su significado: "Dos veces mandó echar las redes: la primera cuando escogió a sus discípulos; la segunda, después de haber resucitado. Era la primera pesca símbolo de la Iglesia en su estado actual. No precisa si se ha de echar a la derecha o a la izquierda. Los peces son los hombres buenos y malos; que habían de andar juntos en la Iglesia. Se llenaron dos barcas, hasta el punto de sumergirse; no se hundieron, pero si peligraron, símbolo del peligro que había de correr la disciplina cristiana por la multitud que recogería en su seno. Dice más, las redes se desgarraron: ¿Qué significaban las redes rotas sino los cismas del futuro?" . La segunda pesca indica la situación celeste de la Iglesia, los que se salvan definitivamente, los santos, los elegidos entre los muchos llamados, los perfectos. Por eso indica el evangelista su número contado y su tamaño. Nada se pierde.

Tomás aprende esta nueva lección. Su carácter y sus pruebas le hacen un apóstol excepcional. No tenemos muchos datos confirmados sobre su apostolado, pero las leyendas y tradiciones se acumulan. Los sirios y los armenios le consideran el gran apóstol de Oriente. Partos, medas, hircanos, bactrianos territorios que comprenden los actuales Irán, Irak, Afganistán y Beluchistán. Y, sobre todo, se le atribuye la evangelización en India. En el siglo XX la Iglesia en la India se considera en buena parte fruto de la actividad apostólica de Tomás. No es fácil separar la estricta verdad de la leyenda, pero en este caso parece verdadero aquello de que cuando el río suena agua lleva, pues suena mucho y fuerte con bastante base.

San Pablo

La tradición cristiana conoce a San Pablo como «el Apóstol», sin más. El no sólo ha vivido apasionadamente la misión que le había sido confiada, sino que en sus cartas transluce esta vivencia. Sus escritos no son asépticos e impersonales, sino que en cada línea se manifiesta el alma y el corazón del apóstol. Sus deseos y anhelos, sus luchas y fatigas, sus proyectos... están al alcance de quien lee sus cartas.

Estas páginas recogen lo que he ido entresacando a lo largo y ancho de las cartas de San Pablo, de su vivencia apostólica. Como se ve, aparece una gran riqueza de detalles, que constituye lo que podríamos denominar el testimonio apostólico de San Pablo. Seguramente él no ha pretendido reflejamente expresarlo así, pero es providencial que haya quedado plasmado por escrito, pues ha servido de orientación a los cristianos y apóstoles de todas las épocas.

También para nosotros puede ser iluminador. Ante el reto de la nueva evangelización y del tercer milenio del cristianismo que comenzamos, es necesario ante todo un nuevo ardor para que el Evangelio se difunda. Las actitudes apostólicas que San Pablo testimonia -válidas para todo apóstol, sacerdote, seglar o religioso- son básicas y esenciales; sin ellas ningún método resultará eficaz ni fructuoso.

«La plenitud de los tiempos» (Gal. 4,4)

A San Pablo le ha tocado vivir en el momento culminante de la historia, en la plenitud de los tiempos, cuando «Dios envió a su Hijo» al mundo, «para rescatar a los que se hallaban bajo la ley y para que recibiéramos la filiación adoptiva» (Gal. 4,4-5). El momento en que, con la venida de Cristo se ha manifestado a los hombres y se ha realizado el misterio de la salvación escondido y mantenido en secreto durante siglos eternos (Rom. 16, 25-26; Ef. 3, 5-6).

Este hecho es imprescindible para entender la colosal obra misionera y apostólica de Pablo.

Pues él -como por lo demás los restantes autores del N.T.- tiene conciencia de estar en esa «plenitud de los tiempos». Con frecuencia en sus cartas le sorprendemos contraponiendo el «antes» de la venida de Cristo al «ahora» instaurado por esa misma venida. Por el hecho de que Dios nos ha reconciliado consigo por medio de Cristo, llega a afirmar: «pasó lo viejo, todo es nuevo» (2 Cor. 5,17). Pablo es consciente de que la venida de Cristo ha traído consigo toda novedad y ha desbordado toda expectativa al realizar una «nueva creación».

Cuando reflexione sobre su ministerio afirmará sin ambages que este ministerio -el suyo y el de los demás apóstoles del N. T.- supera sin comparación posible el ministerio de Moisés, el gran mediador de la antigua alianza. Los ministros de la nueva alianza están puestos al servicio de la acción del Espíritu. Como ministros del evangelio, les ha sido concedida la gracia de anunciar una Buena Noticia inmensamente gozosa y sorprendente: «el amor de Dios manifestado en Cristo» (Rom. 8, 39) que se ha entregado por cada uno (Gal. 2,20) para rescatarnos de nuestros pecados (Gal. 1,4). Al apóstol le ha sido confiado el anuncio de este acontecimiento incomparable que es portador de salvación (1 Cor. 15,1-5).

Es esto lo que espolea al apóstol: el deseo de transmitir y hacer partícipes a todos de este «tesoro» (2 Cor. 4. 7). Por eso exclamará: «Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; Es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio! Si lo hiciera por propia iniciativa, ciertamente tendría derecho a una recompensa. Más si lo hago forzado, es una misión que se me ha confiado» (1Cor. 9, 16-17).

Colocado en la plenitud de los tiempos y portador de tal tesoro y de semejante novedad, Pablo se siente impelido y urgido a hacerlo llegar a todos, absolutamente a todos. Una tras otra, irán cayendo distancias, fronteras y dificultades y el Evangelio irá extendiéndose de la mano de Pablo por todo el inmenso Imperio romano como un fuego incontenible. Su única obsesión será llevar el Evangelio y el nombre de Cristo allí donde todavía no es conocido (Rom. 15,19-21; 2 Cor. 10,15-16).

Las palabras de Festo en He. 25,19 («un difunto llamado Jesús, de quien Pablo sostiene que está vivo») las podría haber hecho suyas el propio Pablo antes de su conversión refiriéndose a los cristianos.

En efecto, la experiencia del camino de Damasco consistió esencialmente en esto: ese Jesús a quién Pablo consideraba definitivamente muerto se le presentó repentinamente vivo y lleno de gloria («Yo soy Jesús a quién tú persigues»: He. 9,5). Pablo no le ha buscado, ni se ha preparado a este encuentro; por el contrario, ha luchado ferozmente contra los cristianos y su evangelio. Y

sin embargo, el Resucitado irrumpe en su vida y Pablo queda «apresado» por Cristo Jesús (Fil. 3, 12).

Todo su ímpetu y toda su actividad evangelizadora arrancan de este hecho: él tiene conciencia clara de que no es apóstol por voluntad propia, sino «por voluntad de Dios» (1Cor.1,1; 2Cor. 1,1; Ef. 1,1). Sabe muy bien que es «llamado como apóstol» (Rom. 1,1) exactamente como lo habían sido los Doce, porque le ha llamado el mismo Jesús que les llamó a ellos; y -lo mismo que ellos- también Pablo ha sido llamado por su nombre (He. 9,4)...

El hecho de haber sido llamado «por gracia» (Gal. 1,15) no quita fuerza a esta vocación, sino todo lo contrario: pone más de relieve la iniciativa absolutamente gratuita de Dios que llama no en virtud de los méritos contraídos sino por pura benevolencia, que tiene misericordia con quien quiere (Rom. 9,15-18). De hecho Pablo no dejará de maravillarse y sorprenderse a lo largo de toda su vida de que haya sido llamado precisamente él: «a mí, que antes fui un blasfemo, un perseguidor y un insolente» (1Tim. 1,13). Toda su predicación acerca de la gracia brotará de esta experiencia primera y fundante: «Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, y el primero de ellos soy yo; y si encontré misericordia fue para que en mí primeramente manifestase Jesucristo toda su paciencia y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en él» (1Tim. 1,15-16).

Y Pablo sabe que esta llamada, que tan en contra va de sus convicciones anteriores y de su conducta pasada (Gal. 1,13-14), no es algo casual, sino que hunde sus raíces en la eternidad. Tiene conciencia de que en realidad ha sido «separado» por Dios ya «desde el seno materno» (Gal. 1,15). El, tan buen conocedor de las Escrituras, podía aplicarse a sí mismo las palabras dirigidas por Yahveh al profeta Jeremías: «Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes de que nacieses te tenía consagrado» (Jer. 1,5).

«Tuvo a bien revelar a su Hijo en mí...»

Con estas palabras tan sintéticas resume San Pablo lo acaecido en el camino de Damasco. Sin entrar en detalles de lo que sucedió por fuera, da a entender que la llamada de Dios ha sido fundamentalmente una llamada interior («en mí», «dentro de mí»), una «iluminación» o «revelación» por la que Pablo «ha visto» a Jesús (1 Cor. 9,1) y le ha conocido como Señor e Hijo de Dios. Es decir, no sólo ha comprobado que Jesús estaba vivo, sino que ha entendido quién era ese Jesús (lo cual sólo es posible por revelación de Dios: Mt. 16, 17; 11, 25-27).

Pablo, aun reconociéndose «indigno del nombre de apóstol por haber perseguido a la Iglesia de Dios» (1Cor. 15,9), no puede dejar de afirmar que se le «apareció» Cristo Resucitado, exactamente igual que se les había aparecido a los Doce y a los demás discípulos (1 Cor. 15,5-8). Y esta «aparición» o «revelación» ha sido un desbordamiento de luz en su corazón: Dios mismo ha hecho brillar en su corazón la luz de Cristo (2 Cor. 4,6).

Y este brillo ha sido de tal intensidad que ha trastocado la vida y los valores de Pablo. Él, que tenía «motivos para confiar en lo humano» por su ascendencia hebrea y que era «intachable» en el cumplimiento de la Ley santa dada por Dios a través de Moisés (Fil. 3,4-6), hace esta confesión sublime: «lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida ante la sublimidad

del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quién perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo» (Fil. 3,7-8).

A partir de ese momento, cuando Pablo se presente en el areópago de Atenas y en los demás «areópagos» del inmenso imperio romano, no será un predicador más de doctrinas nuevas o desconocidas, sino testigo de un Cristo vivo y glorioso que ha transformado su existencia. Lo mismo que Moisés (Ex. 34,29), pero de una manera incomparablemente más perfecta (2Cor. 3,7-11), será testigo de ese Cristo que ha visto «cara a cara» (Cf. Ex. 33,11) y -como un espejo- reflejará su gloria en su rostro y con toda su vida (2Cor. 3,18).

«...para que yo le anunciase entre los gentiles» (Gal, 1,16)

Llama la atención que en San Pablo el encuentro con Cristo y la llamada a ser apóstol y a anunciar el evangelio van inseparablemente unidos. Así aparece en el mencionado texto autobiográfico de Gal. 1,16. Y así aparece también en los tres relatos de su conversión que nos presenta San Lucas en el libro de los Hechos (He. 9, 15; 22,14-15; 26, 16-18).

Da la impresión de que al encontrarse con Cristo, Pablo ha encontrado el tesoro escondido (cf. Mt. 13,44) y como la mujer de la parábola siente la necesidad de contar a todo el mundo que ha encontrado algo de gran valor (cf. Lc. 15, 9).

Evangelizar es eso: llevar a los hombres un anuncio gozoso, entusiasmante y contagioso. La Buena noticia es la palabra misma de Cristo, ese Cristo enviado por el Padre para la salvación del mundo. Y Pablo, que ha experimentado en sí mismo la alegría producida por el encuentro con Cristo, experimenta también el impulso incontenible a transmitir esa dicha a todos. Como Pedro y Juan, podría decir: «No puedo callar lo que he visto y oído» (He. 4,20).

Más aún, siente la llamada a evangelizar a los gentiles, es decir, a aquellos que los judíos consideraban por definición «pecadores» (Gal. 2,15), pues no conociendo la Ley mucho menos podían cumplirla. Pablo, que sabe que todo lo que le ha sucedido es humanamente inexplicable, que ha sido fruto del amor gratuito y misericordioso de Jesucristo, entiende claramente que esa salvación es ofrecida de manera igualmente gratuita e inmerecida a todos, sean quienes sean, pues Cristo murió por los pecadores (1Tim. 1,15), es decir, por todos (2Cor. 5,14).

Ser apóstol de Jesucristo es en el fondo un misterio inagotable. Y San Pablo lo expresa recurriendo a frecuentes paradojas. Una de ellas es la de que siendo embajador personal de Cristo -con toda la dignidad y autoridad que ello implica- se considera simultáneamente un simple siervo, es decir, un esclavo que pertenece a Cristo y está a su servicio.

Por supuesto, todo cristiano es siervo de Jesucristo, y ello en el sentido más profundo y radical: habiendo sido «comprado» y rescatado por Cristo al precio de su sangre (1 Cor. 6,20), el cristiano pertenece a Cristo, es «de Cristo» (1 Cor. 3,23); no se pertenece a sí mismo (1 Cor. 6,19), ni vive para sí mismo, sino que vive y muere «para el Señor», a quien pertenece enteramente (Rom. 14, 7-9).

Pues bien, esto que corresponde al «estatuto» de todo cristiano, expresa con fuerza insuperable un aspecto de la condición del apóstol de Cristo. Y para ello San Pablo se sirve de tres términos distintos (que no suelen distinguirse en las traducciones), cada uno de los cuales expresa aspectos diversos de la tarea apostólica:

- a) «Servidor» (diakonos), que expresa ante todo la idea del servicio a la mesa durante la comida, la preocupación diaria por los medios de subsistencia y -más en general- toda clase de servicios. San Pablo se considera sí mismo «diácono de Cristo Jesús» (2 Cor. 11,23; Col. 1, 7; 1 Tim. 4,6), «diácono del evangelio» (Col. 1,23), «diácono de la justicia» (2 Cor. 11,15), «diácono del Espíritu» (2 Cor. 3,8). Es decir: sirviendo en nombre de Cristo, Pablo ofrece a los hombres el alimento y los medios de subsistencia para su vida: la Buena noticia que es el evangelio, la salvación que justifica y transforma, y el don del Espíritu, fuente de toda vida y santidad, que se derrama por el ministerio del apóstol. Así se configura con Cristo, que ha venido a «servir» a todos (Mc. 10,45).
- b) «Esclavo» (doulos), que expresa la idea de realizar algo no por gusto, sino por obligación, por el hecho de encontrarse a las órdenes de alguien. En el mundo griego el esclavo carecía de lo más hermoso de la dignidad humana: la libertad. En realidad, el esclavo no se pertenecía a sí mismo, sino a su dueño, debía renunciar continuamente a su voluntad y debía agradar en todo a su amo (que podía castigarle arbitrariamente e incluso quitarle la vida).

Por otra parte, en el A. T. son llamados siervos de Dios todos los grandes hombres de Israel: Moisés (Jos. 14,7), Josué (Jos. 24,29), Abraham (Sal. 105,42), David (Sal. 89,4), Isaac (Dan. 3,35)... En este contexto, el término expresa la sumisión, respeto y dependencia del hombre respecto de Dios.

Por tanto, cuando San Pablo se denomina a sí mismo «esclavo» de Cristo Jesús (Rom. 1,1; Gal. 1,10; Fil. 1,1; Col. 4,12; Tit. 1, 1) está expresando su conciencia de haber quedado «expropiado» de sí mismo, de su voluntad, de sus planes, de sus gustos... en una palabra, de todo lo suyo -incluida su libertad- para servir del todo y sólo a Cristo y a su voluntad. Teniendo en cuenta que ser esclavo de Cristo le lleva también a hacerse esclavo de aquellos a quienes Cristo le envía (2 Cor. 4,5).

- c) «Siervo» (hyperetes) designa al criado doméstico que está siempre al lado de su Señor, dispuesto a responder al menor de sus deseos. Al llamarse «siervo de Cristo» (1 Cor. 4,1) Pablo sabe que no tiene otra cosa que hacer que estar pendiente de su Señor -en cuya presencia vive- para secundar dócil e inmediatamente cada una de sus indicaciones.

Pues bien, esta conciencia de siervo -de «siervo inútil», según las palabras de Jesús : Lc. 17,10-, hace permanecer a Pablo profundamente enraizado en la humildad. Sabe que no es más que un pobre y débil instrumento de la acción de su Señor (cf. 1 Cor. 15,10).

Y esta conciencia de siervo le impide «servir a dos señores» (Mt. 6,24). No tiene más que un Señor, Cristo, y sólo a El debe agradar: «Si todavía pretendiera agradar a los hombres,

ya no sería siervo de Cristo» (Gal. 1, 10). Y si se hace «siervo» de ellos es «por Jesús» (2 Cor. 4,5), es decir, «por amor» (Gal. 5,13).